

FRAY NELSON MEDINA

PARROQUIA DE STO. TOMÁS DE AQUINO 16/12/2017 12,30 h.

Urb. Los Rectores. Espinardo (Murcia)

### **“NECESITAMOS LOS DONES”**

Dice san Agustín que la Ley nos fue dada para que descubriéramos la Gracia. Saber lo bueno y lo malo no es suficiente, pues necesitamos el motor que nos impulse a hacer lo bueno y a la lógica de la gratuidad, rompiendo nuestras cadenas. Esto hace de nosotros criaturas nuevas por la “gracia santificante” que nos hace hijos y transforma nuestra condición mortal. Pero también necesitamos la acción del Espíritu para trabajar en las obras. El evangelio de san Lucas es el que más habla de la acción del Espíritu Santo en Jesús y luego en los discípulos, y también en los Hechos de los Apóstoles, del mismo autor, que podría llamarse “Hechos del Espíritu Santo en los cristianos”, así como el evangelio lucano también podría llamarse “Hechos del Espíritu Santo en Cristo”. Y en su capítulo 6 habla de que el Espíritu brotaba como una energía que los curaba a todos. Este espíritu que en cierto modo se adueña de Cristo y se hace esplendoroso en la mirada y los milagros de Cristo. Y éste es el Espíritu que nosotros hemos recibido: Dios no tiene dos espíritus santos. El mismo que obró la Encarnación y que hizo obras portentosas en Jesús es el que tenemos nosotros. “El que cree en mí hará las obras que yo hago y aún mayores” leemos en el evangelio de san Juan. Solo con el Espíritu se puede edificar la casa de Dios, se da cohesión al cuerpo de Cristo y preparado para toda obra buena. Es el Espíritu el que hace estas obras que se manifiestan en dones y carismas, que no son decoración en la Iglesia. Los necesitamos para cumplir el mandato de su divino fundador: no se puede hacer la obra de Dios sin Dios.

Esto fue un gran fallo de la llamada Teología de la Liberación: convertir el reino de Dios en un conjunto de valores (justicia, paz,

solidaridad), que llevó a unas metas, que transformó en planes y que se concretaron en proyectos (en donde entran nuestras fuerzas, no las de Dios). El reino de Dios se convirtió en un problema de estrategia y planeamiento, de recursos... y se perdió lo esencial, porque lo esencial del reino de Dios es Dios reinando: no se puede hacer el reino de Dios sin Dios, ni edificar la casa de Dios sin Dios. Ésta es la acción del Espíritu. Y ésta no se puede reemplazar. Los dones y carismas nadie puede reemplazarlos tampoco.

La Teología ofrece un esquema clásico basándose en Isaías y la sistematización sobre todo de santo Tomás, que nos presenta una panorámica de los dones, los cuales en la Iglesia no son un elemento decorativo. Hay una idea, como dice Benedicto XVI, de que ser católico es portarse bien, cumplir deberes con la comunidad humana; algunos le agregan visiones, revelaciones... La Iglesia según esta idea sería una institución moralizante que ayuda a mejorar la convivencia social. Pero el desarrollo del humanismo y el racionalismo han hecho suficiente a la ética intramundana para resolver los problemas de la comunidad humana: por tanto, sobran la Palabra, los sacramentos... porque se ha identificado vida cristiana como portarse bien, por lo que la Iglesia es una institución moralizante; y para eso no se necesitan santos, sacramentos, ni hablar del pecado o del demonio... El surgimiento de la ética intramundana hace innecesario a Dios. Si convertimos al cristianismo en un código de comportamiento y no lo entendemos como una relación viva con Cristo que por la inhabitación y la unción del Espíritu me hace ver a Dios como padre y a los demás como hermanos, sobra la Iglesia. El problema vino con sustituir el sustantivo “reinar” de Dios por el “reino” de Dios, con lo que vienen los proyectos, planes, valores, metas... Y en el reino de Dios es Dios quien tiene que reinar. No se trata de “vender” o “presentar” a un Cristo de tal o cual manera. Cristo no es un producto que hay que vender para que tenga salida. Cristo es el que trae el reino de Dios para que por la acción del Espíritu se rompan mis cadenas.

Por esto los carismas y los dones son indispensables. Tres dones santifican el entendimiento, otros tres la voluntad y uno que los unifica.

Entendimiento. Inteligencia para descubrir el sentido de la Palabra de Dios. Is 55, 11: *la palabra no volverá a mí vacía.* Para que la Palabra llegue y haga su obra necesita este don, que hace que la Palabra no la pueda manipular ni esconderme de ella, que me muestra lo que dice el Señor con su Palabra. En la Constitución Dei Verbum se dice que debemos buscar qué quisieron decir los autores sagrados pero además lo que Dios quiso decirnos.

*Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar en sus escritos, hay que atender cuidadosamente tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época solían usarse en el trato mutuo de los hombres.*

*Y como la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió para sacar el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Dei Verbum, 12.*

En lo primero vale nuestra inteligencia; en lo segundo, la Escritura debe de ser leída con el mismo espíritu con el que fue escrita. No te puedes “defender” del texto, no valen pretextos, excusas, justificaciones... (Gn 3: “Adán, ¿dónde estás? – La mujer que me diste por compañera...”). Debemos estar desnudos e indefensos ante la Palabra para que actúe en nosotros; esto es el don de entendimiento. Bendito el día en que no tengamos excusas ante la Palabra.

Ciencia.

Ver a las criaturas del mundo y su historia como escrita y creada por Dios. Permite participar de la vista y el conocimiento de Dios. Hoy es muy necesario este don para ver a nuestro alrededor: cómo la gente se atreve con todo (la Virgen, la Eucaristía, la Iglesia...). El profeta Daniel (Dn 7, 15-28) habla de la boca que profiere insolencias, que ni siquiera se atreve a describir por su fealdad y deformidad. Pero también nos dice el profeta que escuchándolo estaba fascinado. Aquí necesitamos ser rescatados de las insolencias porque si falta, nos aturdimos con las insolencias y no queremos luchar por la verdad. Este don nos enseña que Dios es el Señor de los tiempos buenos y malos, nos permite reconocer la mano de Dios en la escritura de los días de nuestra vida.

### Consejo.

Nos vuelve capaces de captar lo que Dios quiere para mí en este momento. No es para aconsejar sino para ser aconsejado por Dios. Me impele a evitar lo que puede poner en peligro mi fe.

Tratado de la fe: si estás en una condición en la que está en peligro tu fe, la relación no te conviene. San Pablo nos recuerda: no todo me conviene. Habitado por este don de consejo podrás aconsejar a otros, como nos enseña el ejemplo de san Bernardo.

### Piedad.

Ya éste es un don de la voluntad. Está conectado con el amor padres / hijos. Siembra un modo de relación con Dios como Padre, nos da el acento, confianza e intimidad de Jesús con el Padre. Con eso eleva tu dignidad y te da una capacidad de respuesta y estabilidad emocional. Santa Teresita del Niño Jesús no podía pasar de la palabra “Padre” en el Padrenuestro. Cuando una persona siente la autoridad de su padre, como Jesús entre los doctores del Templo con doce años, tiene una fuerza especial. Este don rescata a este mundo de la orfandad, sobre todo los jóvenes, cuyos padres están demasiado ocupados mejorando su curriculum, viajando, con las redes sociales,... y se generan huérfanos con padres vivos. Y se necesita (Malaquías) volver el corazón de los padres a los hijos.

### Fortaleza.

Que necesitamos no solo para las obras difíciles, sino para resistir, que en la actualidad es lo que necesitamos. Este don nos hace vivir frente a los que dicen que esta vida es absurda. Cualquier página de internet o canal de televisión nos dice que somos “raros”, que no tiene sentido lo que estamos haciendo, que vamos mal. El don de fortaleza lo necesitamos para tener la entereza de decirle a la gente que va mal, aunque todo el mundo diga que el que va mal eres tú; como si vas en sentido contrario en la autovía y todos te dicen que vas mal y tú tienes la fortaleza de decir que

los que van mal son ellos, diga lo que diga el Estado, la Unión Europea o los medios de comunicación.

### Temor de Dios.

Tiene tres fases: el primero es darse cuenta de hacia dónde me dirijo (se parece al miedo, es un primer toque del Espíritu, es una visita como un flash que sucede en situaciones extremas: *en este accidente íbamos veinte y han muerto dos, y yo podría haber sido uno de ellos*). Me hace preguntarme qué hago con mi vida. No hay que pretender convertir a la gente por miedo pero no hay que callar sobre la realidad del Infierno.

En segundo lugar, cuando la persona va avanzando recibe una segunda visita de Dios que trae un segundo mensaje que es: *¿qué me estoy perdiendo?* Hay algo bueno que Dios tiene para mí y yo me lo estoy perdiendo. Esta llamada es preciosa, porque es una invitación de Dios.

Estos dos momentos tienen algo de egoísmo, pero el verdadero y profundo don de Temor de Dios es más bien “no quiero que nada de mí disguste al que tanto me ha amado”. Como un ama de casa que quiere que la comida que prepara lo tenga todo en su punto y nada falle. Este don nos vuelve delicado y exquisito en el trato con Dios; brilla sobre todo en los místicos, un modo detallista de cuidar la relación con Dios. No quiero ni una palabra, ni un pensamiento, ni un maltrato deteriore mi relación con Dios. El fruto es la mansedumbre, y recordemos la dulzura de san Francisco de Sales en su Tratado del amor de Dios. Y esta forma de tratar a Dios se traduce en un trato a los hermanos de la misma manera.

### Sabiduría.

Este don une el saber y el sabor; hace que tengamos (Sto. Tomás de Aquino) una connaturalidad con Dios. Amor con connaturalidad con Dios en el hablar, pensar... a la manera de Dios. Nos permite tener acceso a los cimientos de la Tierra (libro de Job). Sto. Tomás de Aquino en el Libro I, cap. I de la Summa contra Gentiles, cómo lo propio del don de sabiduría es asomarnos a las causas primeras. Tiene una fuerza de transformación muy grande, porque nos hace muy próximos al Unigénito, muy próximos a la manera de obrar del Logos de Dios.

Estas son las maravillas de un recorrido acelerado de los dones del Espíritu, y éstos son apenas la base. Sobre estas bases se edifican los carismas, que son las “gracias dadas gratis”. Por tanto, los carismas son aquellos toques y obras específicas del Espíritu para obras específicas de la comunidad cristiana. 1 Cor, cap. 14 nos muestra algunos para ver la dimensión eclesial que tienen y cómo son indispensables para edificar la comunidad cristiana sobre la base de los dones, que es la base fuerte y lo que tenemos que pedir.

Carisma de profecía, conectado con el don de Ciencia. Es la capacidad de leer el momento que vive la comunidad a la luz de Dios. Por eso para san Pablo es necesario y tan valioso; percibe la luz de Dios en el hoy de la Comunidad. Tenemos que pedirlo entre nosotros. A veces se da de forma espectacular en medio de la asamblea orante en la que hay personas que emiten palabras para la comunidad. Aquí puede haber luces que indican una dirección.. Hemos de pedirlo todos, pero todos necesitamos esa luz sobre todo en tiempos en que notamos como un estancamiento, en que sentimos sequedad o esterilidad. En ese momento hay que pedir este carisma para que se cumpla en nosotros lo mismo que se nos cuenta en Hechos en Pentecostés. Dice san Lucas “queríamos ir a tal parte, pero el Señor lo impidió; y luego queríamos ir a otro sitio y el Señor no nos dejó”. Es decir, esta gente sentía que caminaba con el Señor, sentían que lo tenían al lado y definía la misión. Es una sobreabundancia del carisma de profecía. Tenemos que clamarlo todos. En Ef cap 2 se nos hace una enumeración: apóstoles, profetas, pastores, doctores... y milagros. Esto es una jerarquía. Para san Pablo los primeros son los apóstoles y profetas. No es caprichoso el orden. Hemos de pedirle al Señor que nos dé su ruta, su dirección. ¿Qué quieres de este grupo? Estamos los que somos, somos los que estamos... La mesa es de 18 puestos, somos 18, todo está bien... El criterio que nos da Isaías sobre el crecimiento es “que siempre se te quede pequeña la casa”. El criterio no es “llegó la gente y se llenaron los bancos” sino “llegó tanta gente que no sabíamos qué hacer”. El don de profecía nos saca de nuestra comodidad y de tenerlo todo contabilizado. A nosotros nos encanta tenerlo todo previsto y presupuestado, pero el

criterio de Dios es que no tengamos bastante, que haya sobreabundancia en la llamada. Necesitamos abundante don de profecía.

Don de lenguas. Cuando uno quiere que la gente empiece a discutir, solo tiene que decir: “don de lenguas”, y la gente empieza a discutir. Lo que parece más seguro es que con la expresión “don de lenguas” se hace referencia a varias cosas diferentes.

Una realidad es la capacidad de hablar lenguas extranjeras. Sto. Domingo de Guzmán se encontró con unos peregrinos alemanes cuya lengua él no sabía, pero les predicó y lo entendieron.

Otra es dar mensajes proféticos en lenguaje arcano que Dios no revela a la persona que lo está pronunciando. Requiere el don J(1 Cor 12, 14) de interpretación.

Y otra que es una expresión de desbordamiento que pone fuera de mi capacidad de palabra lo que estoy viviendo. De este tipo de don nos habla san Agustín en el Oficio de Lecturas de 22 de noviembre, fiesta de santa Cecilia cuando se refiere a la “oración de júbilo”, que suele darse en las asambleas carismáticas. Lo que estoy viviendo no cabe en palabras pero tengo que soltarlo, por lo que sale un lenguaje inarticulado, muchas veces melodioso; a esto llamamos también don de lenguas.

Por tanto, del carisma o don de lenguas hay tres versiones distintas. Y los necesitamos todos, pero respecto al tercero hay que decir que es importante, aunque no hay que idolatrarlo ni darle demasiada importancia. Pero este desbordamiento no ha de ser frenado, ya que esta experiencia de estar rebasados por el amor de Dios y sabernos superados por su gloria y su poder nos hace mucho bien, es muy bueno que tengamos esa experiencia. Se pueden pedir dones y carismas (“aspirad a los carismas superiores”) y conviene que donde hay efusión exista esa oración. La persona que tiene esta experiencia de desbordamiento da mucha libertad en la expresión y hace mucho bien.

Otro carisma del que quiero hablar presente en predicaciones de Benedicto XVI y otros predicadores carismáticos son los milagros. No le atemos las manos a Dios, porque los milagros se siguen produciendo. A mí

me suceden con más frecuencia los milagros de esterilidad vencida, y además son los que más me gustan. El mes pasado recibí el testimonio número doce: otra pareja estéril según los médicos con la alternativa de ir a la clínica de fecundidad (o vientres de alquiler, etc.). No le atemos las manos a Dios. Esta época más que racional es irracional, más que racional, racionalista. Porque exalta la Razón pero para deformarla e idolatrarla; solo busca la Razón si le sirve de piedra o arma arrojada. El racionalismo también está en los católicos. En el libro de Religión con el que estudió mi padre se decía: “¿y por qué Dios no hace más milagros ahora? – Los milagros eran necesarios en la primera etapa para consolidar la fe; pero ahora, con una doctrina consolidada y una jerarquía consolidada ya no son necesarios”. ¿Quiénes somos nosotros para decirle a Dios si es necesario o no un milagro? Cuando ves las lágrimas de alegría de la gente, cómo se transforma el rostro de una mujer que llevaba años tratando de ser madre y te dice: “El Señor lo ha hecho”, eso no se cambia por nada; el Señor lo hace. Los milagros no son un fetiche ni la única prueba de la existencia de Dios, pero hay que creer las maravillas de Dios que son inexplicables, actuando y transformando corazones.

Necesitamos clamarle al Señor qué queremos para nuestra comunidad. No nos contentemos con lo que tenemos; pregúntale al Señor: “¿de aquí qué sigue?”

Pide con humildad la experiencia del don de lenguas por el desbordamiento del amor de Dios para que quede un sello en el alma. Es una experiencia de amor divino que nos hace mucho bien.

Y hay que creer en los milagros, en las conversiones y que suceden cosas maravillosas, como dice nuestro canto carismático que cuando el pueblo alaba a Dios suceden cosas maravillosas. ¿Por qué tenemos que dudar? Él verá cuándo pasa, cómo lo hace, pero nosotros no podemos dudar de que el Señor es el Señor. Dice el Papa Benedicto XVI “negar la posibilidad de los milagros físicos es quitarle señorío a Dios sobre su creación”.

Vamos a pedirle al Señor que nos dé a nosotros y a nuestros obispos, sacerdotes y seminaristas el poder del Espíritu Santo que renueve la faz de la Tierra.